

LAS PRESIDENTAS

Werner Schwab

PERSONAJES

Erna

Jubilada de pensión mínima

Bata, zapatos ortopédicos; en la cabeza, una gorra de piel grotesca.

Grete:

Bastante gorda, peinado muy cardado (rubia), vestida con mal gusto, mucha bisutería y muy pintada.

Mariedl:

Es la más pobremente vestida; pelo estirado hacia atrás; calza botas de montaña y, al principio, parece un poco idiota. Mariedl es algo más joven que Erna y Grete.

Adaptación al castellano
Ricardo Padilla Santamaría

PRIMERA ESCENA

Mientras el público se va sentando se puede observar una vieja televisión en el pasillo que divide el patio de butacas. Permanece encendida, retransmitiendo una misa oficiada por el Papa, al que rodea una multitud. La emisión televisiva termina se abre el telón. Una cocina/comedor un tanto grotesca. Erna apaga el televisor. Marield está buscando algo debajo de la mesa. Grete está sentada a esa misma mesa.

Erna: Tanta gente. Se ha reunido tanta gente, y se ha quedado allí, formando una congregación a los pies del Santo Padre.

Grete: Y las imágenes eran tan estupendas. Los colores tan bonitos, tan naturales.

Erna: A pesar de haber tanta gente, reinaba una tranquilidad conmovedora. La paz es el sentido de la vida, y la vida el sentido de la Humanidad.

Grete: *(Levantando el mantel y hablando hacia abajo)* Deja ese botón ahora, Marield; no es tan importante. Olvídate del botón y siéntate con nosotras. *(A Erna)* Eso ha sido muy inteligente por tu parte, Erna, que hayas conseguido esa gorra de piel y ese televisor en color. Ahora el placer ha entrado en tu casa. Tienes que entregarte a la vida, Erna, para que la vida pueda disfrutar de ti.

Erna: Sí, claro, eso es fácil decirlo. Pero en realidad es difícil aceptar los placeres de la vida cuando se tiene el ahorro metido en los huesos. Sin embargo, por una vez en la vida, también puede ser feliz quien ha limpiado siempre la porquería de los demás. *(Se pone ante el espejo)* Esta gorra me la encontré hace un año en el vertedero. Sin embargo, no os vayáis a creer que alguien la tiró, porque para eso vale demasiado. Lo que pasa es que algunos chicos revoltosos debieron de jugarle a alguien una mala pasada. *(Da la espalda al espejo y se sienta)*

Pero no te imaginas lo sucia que estaba al principio. Me estuve torturando tres horas y media hasta que decidí entregársela a la policía. *(Grete hace gesto de ir a tocar la gorra con dos dedos y Erna se inclina para facilitárselo)*.

Y ahora, un año después, todavía no ha denunciado nadie lo de la gorra. En la oficina de objetos perdidos había un policía muy amable que me dijo: “es usted una mujer sencilla, porque es honrada. Ponga esa gorra bajo su árbol de navidad, para que, por una vez, tenga una pequeña alegría…”. Realmente no me permito muchas cosas en la vida, pero de esto me alegré de veras.

Grete: No deberías de ser tan ahorradora, Erna, porque, al fin y al cabo, tan poco dinero no tienes. Y la vida pasa más aprisa de lo que nos imaginamos.

Erna: Ahora me he permitido ese televisor, aunque sea de segunda mano. Es lo único que me he permitido en esta vida a cambio de tanto trabajo. Siempre me lo he quitado todo de la boca, y también se lo he quitado a mi hijo Herrmann. Si se sabe ahorrar, una puede organizarse mucho mejor. Se puede ahorrar en todo. Por ejemplo, en lugar de filtros para el café se puede usar papel de retrete, y en lugar de papel de retrete se puede usar papel de periódico, que se puede coger en la escalera, donde está el papel viejo. Y, por mi parte, ahorro ya con el café, porque tengo la suerte de no soportarlo. Sin embargo, mi Herrmann no se zampa su bocadillo de *leberkäse* si no puede hacerlo bajar con un cafecito, como él dice. Como si el bocadillo de *leberkäse* fuera una deposición y su estómago el retrete.

Mariedl: *(Debajo de la mesa)* No creo que esté bien eso de tus ahorros, Erna. Ahorras demasiado y con demasiada exageración. El Señor no quiere que las personas buenas lo pasen mal.

Erna: *(Furiosa, levantando el mantel)* A ti te resulta muy fácil hablar, mi querida Mariedl: siempre has estado sola y no has tenido una verdadera relación. Has podido irte por ahí cuando tenías tiempo libre en tu vida. Este año has estado ya en Lourdes, en Medjugorje y, dos veces, en Mariazell. Tú no tienes que cuidar de ningún hijo descastado.

Grete: Sin embargo, Herrmann es un hombre muy viril.

Marield emerge, se sienta, se encoge de hombros desconcertada y empieza a mover el tronco rítmicamente, adelante y atrás.

Erna: Sí que es un buen mozo. Las mujeres se vuelven locas cuando pasa Herrmann, desvergonzadas como son en estos tiempos. Sin embargo, él se niega a todo lo que es bonito y tiene algún sentido en la vida. Ahí, le digo siempre a mi Herrmann, ahí colgarán un día los retratos de mis nietos *(señala dos manchas blancas rectangulares en la pared).* Pero él no quiere darme ese gusto y no me da nietos. Antes tenía cinco sitios libres y ahora, de momento, he utilizado ya tres, para que el Herrmann no se me asuste tanto.

Y, aún así, en estos tiempos podría fácilmente tener comercio carnal. Hoy la gente tiene todo el tiempo comercio carnal. Y Herrmann reconoce que el también podría tener comercio carnal cuando quisiera, pero no quiere precisamente tener comercio carnal porque el comercio carnal podría provocar un verdadero embarazo, y eso, posiblemente, tendría por resultado un nieto.

Grete: Vamos Erna, Herrmann es tan alto y tan guapo… Ya encontrará la mujer adecuada.

Erna: Sí, esa es mi única esperanza, y entretanto tengo que confiar que el Señor no deje a Herrmann de su mano. *(Lloriqueando)* Herrmann anda mucho por ahí, como representante, y alguna vez podría pasar algo, pero siempre me escribe postales horribles, en que, por delante, hay un bonito paisaje pintado y por detrás me escribe que otra vez hubiera podido tener comercio carnal, pero, precisamente por eso, no ha tenido ningún comercio carnal *(y llora)*.

Grete: *(Dando a Erna golpecitos para calmarla)* Pero Erna, cuando llegue la mujer adecuada, agarrará a Herrmann sin contemplaciones y le dará un besito. Y entonces eso del comercio carnal vendrá por sí solo. *(Canta)* El amooor, el amooor es un don del cielo… *(Se detiene de pronto).*
¿Qué tendría que decir yo entonces? Piensa en mi destino, Erna. Herrmann, al menos, piensa en ti y te manda una de esas postales del comercio carnal. Pero ¿y yo? Mi hija se fue hace nueve años a Australia, pero antes, como una gallinita, se hizo quitar los ovarios y no sé qué más, todo eso que se necesita para tener nietos. En nueve años, una sola postal. “Estoy bien y me van muy bien las cosas”, me escribió hace ocho años y medio. Y ahora sólo me queda Lydia.

Erna: Herrmann no tendría que escribirme siempre esas postales, diciendo que quiere evitar el comercio carnal o cortarse los conductos.

Grete: Bueno, Hannelore, mi hija, es también hoy en día una solterona. Pronto tendrá los cuarenta. Pero siempre se ha portado de una forma muy rara, casi un poco como Herrmann. Hannelore se olvidaba también a menudo de que no era hija de mala gente. Cuántas veces se portaba como si no hubiera recibido ninguna educación. A veces rompía con la cara el cristal de la ventana y después, como si nada, se ponía a comerse los añicos y reía con muchas ganas cuando tenía las mejillas y las tetas llenas de cortes.

Y si yo le decía: “Bueno, Lore, ahora, al menos, pareces una lechoncita trinchada y los hombres se pelearán por ti”, se quedaba muy tranquilita, se metía el dedo gordo en la boca y dormía treinta horas, todas ellas seguidas.

Erna: Sí, así es la vida. Una se esfuerza por llevar una vida ordenada, y entonces los propios hijos se apartan de la vida y de la Humanidad.

Grete: Bueno, si no hay más remedio… Que Hannelore encuentre su felicidad allá en Australia, aunque sea sin ovarios ni lo que sea.

Erna: Herrmann anda siempre en las nubes. Cuando ve a alguien, tiene que tomarse un aguardiente y fumarse un cigarrillo, porque si no, le dará cáncer de ojo, como dice él. A Herrmann le espanta la gente, y por eso se ha hecho representante, para tener que ver a mucha gente y tener todos los días una excusa para volver a casa borracho.

Mariedl: Sin embargo, entre la gente ha habido muchos santos que en su juventud volvieron la espalda al mundo.

Erna: ¿Juventud? Herrmann va a cumplir pronto los cuarenta.

Mariedl: El ser humano recibe un día un empujón interior y, de pronto, se le salta el botón.

Erna: En el caso de Herrmann tendría que saltársele más de uno, tendría que saltar por los aires una fábrica entera de botones. La verdad es que no puede soportar la persona que tiene dentro. Cuando se friega la cara en la cañería del agua, tengo que tapar el espejo con una toalla. Al afeitarse se corta a veces toda la cara, porque no quiere utilizar un espejo; dice que el espejo es un cabrón. Y cuando, en la calle, se refleja en los escaparates y Herrmann ve a Herrmann, vomita si no está borracho. Y eso tengo que oírselo decir todos los días. Con cada una de sus palabras y cada una de sus cogorzas me va quitando la vida.

Mariedl: Precisamente es a esas personas a las que descubren a menudo Jesús o la Virgen María llena eres de gracia el Señor es conmigo. Y de la noche a la mañana brota el Espíritu Santo en esa pobre alma pirada. Lo mismo que Saulo se convirtió en San Pablo, Herrmann puede convertirse un día en San Germano.

Erna: Ésa es mi mayor esperanza: que se produzca un gran cambio en la vida de Herrmann. Pero ¿qué se puede esperar de alguien que todos los días, durante todo el día, se aparta de lo que hace la vida de ser vivida? Y cuando le digo algo sensato, sólo se ríe y echa un trago de licor de hierbas o de aguardiente.

Grete: Es que la mayor parte de la gente no entiende la vida. Cuando la vida se dirige a alguien y le encarga una misión, él sacude la cabeza y se comporta como un trabajador extranjero. "Mi no entender, mi no entender", dicen siempre. En el caso de mi Lydia es distinto, la Lydi lo comprende todo. Y cuando alguna vez mordisquea una mierda ajena, le digo siempre: "Lydi, no comer mierda". Y ella levanta la cabecita y me dice que bueno. Se lo vio hacer a un perrito de madera y lo aprendió enseguida.

Mariedl: *(Entusiasmada)* ¿De veras?

Grete: Sí, tu perrito con ruedas que tenía un niño. Cuando se le tiraba de la cuerda, movía la colita y decía que sí con la cabecita, arriba y abajo, sí, sí, sí, sí, sí,… *(Grete dice vivamente que sí con la cabeza y Mariedl ríe histérica)*. El perrito salchicha era de madera pintada, tan bonito, y del mismo tamaño que Lydi, y le gustó mucho. Y desde entonces Lydi mueve exactamente así la cabecita cuando le digo: "Lydi, no comer mierda". *(Mariedl vuelve a reírse, pero tapándose la boca con las manos)*.

Erna: Vamos, Grete, no puedo seguir oyendo esas palabrotas. Siempre usas unas palabras tan ordinarias… Nada más que mierda, mierda y mierda. También se puede decir caca o defecación. ¿Por qué ha de ser siempre cagar, cagar y cagar?

Grete: Siempre te metes con todo, siempre lo criticas todo, has puesto de vuelta y media a todo el mundo durante toda tu vida, y luego te asombras de que Herrmann no quiere tener comercio carnal…

Erna: *(Algo achicada)* Pero es que, si no, no hay nada por lo que valga la pena vivir la vida, si junto a todo lo que ves hay siempre una deposición maloliente *(Mariedl ríe de nuevo)*. He dicho deposición, Mariedl, no lo otro *(Mariedl calla)*. *(A Grete)* A veces hay pocas cosas bonitas en la vida, pero, en cuanto las quieres coger, enseguida tienes un montón de… *(Mariedl a punto de reír)* evacuación en la mano.

Mariedl: A mi no me dan miedo las palabrotas ni tampoco una deposición de verdad. Porque, ¿qué es, si no se sabe lo que es? Es blanda y, si es reciente, está calentita. *(Se endereza orgullosa)*. La gente dice: "Vaya, se ha atascado el retrete, rápido, vete a buscar a Mariedl y tráetela, ella lo hace a pelo". Porque la gente sabe que Mariedl no utiliza guantes de goma para meter la mano en el retrete. *(Erna, vomitando casi, aparta la cara)*.

La gente de las mejores familias viene a buscarme cuando tienen atasco. Y entonces Mariedl va a casa de las mejores familias y siempre la reciben bien. La verdad es que no me da ningún sofoco meter la mano en la taza, lo ofrezco por Jesucristo Nuestro Señor, que murió en la cruz por nosotros. La gente elegante de las buenas familias me pregunta siempre si quiero usar guantes de goma, porque ellos tienen una alta posición y una buena educación, pero Mariedl dice que NO, porque, cuando el señor creo el mundo, creo también los excrementos.

Erna: Dios santo, Mariedl, eres una autentica cerda: perdona, pero haz el favor de callar. Ya es bastante que el ser humano tenga que hacer siempre caca y luego tenga mala conciencia. A menudo me he preguntado por qué tendrá culo la gente. No es nada bonito un culo, pero la gente no hace más que hablar del culo y lo convierte en un mito.

Grete: *(Sin preocuparse en absoluto de Erna)* ¿Entonces, mucha gente elegante va a buscarte y pedirte ayuda?

Mariedl: Mucha gente rica y elegante viene a casa de la Mariedl, y una vez incluso me vinieron a buscar en un gran coche para llevarme a un retrete enfermo. En esas casas no hay verdaderos retretes, todo es muy elegante y no huele en absoluto a deposiciones; los retretes huelen igual que las señoras elegantes. Dos veces ha venido ya a buscarme para el suyo el señor de la catequesis, y una vez el señor cura. El señor cura le ha prometido a la Mariedl que les hablará a sus feligreses de sus habilidades, para que la llame otra gente que tenga atascos.

Erna: No lo entiendo, la taza de mi retrete no se atasca nunca. Probablemente la gente es muy descuidada y echa dentro cosas extrañas. Sólo por una defecación no se atasca tan fácilmente una taza. Al fin y al cabo, yo también las tengo grandes y bien duras; por las preocupaciones que me causa Herrmann, se me acumulan dentro del cuerpo.

Luego tengo que trabajar de lo lindo con la escobilla, y tirar de la cadena unas cuantas veces. Evidentemente, no hay que echar mucho papel en el retrete, porque si se hace puede pasar de todo. Herrmann me riñe siempre cuando hace sus necesidades y escucho a la puerta para saber cuántos trozos de papel gasta. "Pero, Herrmann, eso es muy importante" le digo "es peligroso que se mezcle con alguna defecación mala y pegajosa". Sin embargo, mi Herrmann se limita a reír y a tomar licor de hierbas.

Grete: *(Interesada, a Mariedl)* ¿Qué echa la gente elegante en la taza para que se le tapone tan horriblemente?

Mariedl: Una vez, un tarro de mermelada con gusanos colorados para los peces del acuario; otra un pollo entero, que seguramente apestaba antes de tirarlo a la taza. Otra, revistas de gente en pelotas,…

Vamos, Erna, no tienes que tomártelo por la tremenda, te tomas de una forma tan seria la vida… La vida es sincera y enseña a la gente de qué está hecha. Cuando se ha metido una vez la mano en el retrete, todos esos sentimientos de horror desaparecen y se tiene la misma impresión que si se diera la mano a alguien. *(Erna casi vomita)*.

Grete: Cuando son las caquitas de Lydia, tampoco me da asco, porque sé lo que ha comido. Pero cuando se trata de otra gente, con esa enorme y desordenada alimentación de hoy, en que hasta la gente mala puede comprarse de todo.

Erna: Yo no podría hacerlo.
Sencillamente, no podría.
Me haría vomitar.
Se me saldría el estómago por la boca.
Me da náuseas sólo cepillarme los dientes.
Y cuando Herrmann ve que me da náuseas cepillarme los dientes, hace como si tuviese ganas de vomitar también. Y encima el muy cerdo va y me dice: ¿Lo ves, mamá? Es que no soporto el Lekerkäse.

Grete: Vamos, Erna, ¿por qué tienes siempre que exagerar tanto? Herrmann es un hombre estupendo, al que sólo le falta la mujer adecuada. Si yo fuera más jovencita… No sé a dónde vamos a ir a parar con esa facilidad que hay ahora para el amor… *(Suelta una risita)*.

Erna: Realmente no sé qué hacer, Grete, sólo hablas de sexo y de caca. Y yo no puedo hacer compatible mi fe católica con el sexo y la caca. No pienses de mí mal si te lo digo, pero tú, Grete, has sido una mujer siempre “alegre”. Al fin y al cabo has estado casada dos veces y la puerta de tu casa no ha estado nunca cerrada como era debido, cuando hubiera debido servir para encerrarte a ti.

Grete: Erna, no tolero lo que me echas en cara con tan mala idea. Sólo he hablado de Herrmann porque a menudo, cuando tenía que vigilar desde la ventana que las palomas no se comieran la comida de los pájaros, he visto a Herrmann en la calle…

Mariedl: ¿Y por qué no pueden las palomas? Las palomas son también criaturitas de Dios.

Grete: Vamos, Mariedl, verdaderamente… *(Hace un signo con el dedo de que a Mariedl le falta un tornillo)*. Bueno, pues cuando veo a Herrmann, alto, rubio y de ojos azules, tengo que pensar a menudo que tiene un aspecto agradable. Herrmann me recuerda a menudo mis pecados de juventud *(y se ríe traviesa)*.

Mariedl: ¿Pero porqué no tienen derecho las palomas a tu pajarera? Las palomas son pájaros también.

Grete: ¿Estás loca Mariedl? ¿Qué sabes tú de la Naturaleza? Las palomas lo destruyen todo. Lydi está harta de esos bichos. Tendrías que ver cómo le palpita el corazón cuando las observa a través de la ventana. Entonces no dirías cosas tan raras.

Erna: Creo que hay que tratar bien a todos los seres de este mundo. Soy la primera que se espanta cuando ve en la televisión tantos horrores. Tuvo mucho sentido que el Presidente Federal, en su último discurso, dijera que es partidario de la paz y el perdón. Perdonar es lo más importante del mundo, lo digo siempre. Yo siempre se lo perdono todo a Herrmann. Cuando alguna vez viene con el cuerpo cargado de alcohol, le digo: Herrmann, una madre perdona siempre. Pero siempre, cuando le perdono, agarra la botella y se emborracha, y ni siquiera se molesta en usar un vasito.

Mariedl: La gente tiene que tener al día su amor al prójimo. Cuando puedo conceder mi ayuda, la felicidad penetra enseguida en el recinto de mi corazón.

Y cuando alguna vez no hay nadie que necesite las manos hacendosas de la Mariedl, me quedo sentada en mi cuarto, sintiéndome muy desgraciada. No me gusta mucho estar en mi cuarto y por eso sólo necesito uno pequeño, porque no me gusta estar en casa en un cuarto. Por suerte, en todas partes hacen falta en el mundo manos hacendosas con amor al prójimo. Sí señor, ésos son mis hijos, y esos hijos son siempre buenos. Cuando ven a la Mariedl dicen: ahí va la Mariedl, otra vez en danza. Ésa sí es hacendosa; la gente la quiere, qué haría sin ella, sin la Mariedl. *(Se levanta de pronto y berrea)* ¡A todos les gusta la Mariedl por sus buenas obras…!

Erna: Sí, sí, ya sabemos que eres una persona hacendosa. También tendrás tu recompensa un día. La fe es el único puente que hay en este valle de lágrimas. Pero ahora estás cometiendo el mismo error que yo: te tomas la vida demasiado en serio. No como Grete. Ella ha sido lista en la vida, siempre ha sido una mujer alegre.

Grete: *(Enfadada)* Mira que eres mala. ¿Cómo puedes ser tan mala con esa carita tan sonriente? Primero divorciada, luego viuda… ¿Crees que en la sociedad humana el matrimonio no es más que placer carnal? ¿Y Kurti, mi primer marido? ¿Y Hannelore? ¿Y cuando una se entera de lo que tiene que enterarse, de que su propio marido castiga a su propia hija acostándose con ella en su propio lecho conyugal? ¿Entonces qué?

Hay que esperar y ver lo que la Providencia organiza con la gente. Pero hay que dejar que la Providencia trabaje con tranquilidad, para ver lo que termina haciendo. Y cuando la Providencia termina, la vida no le hace a una ya tanto daño. Porque, ¿de qué serviría enfadarse? De todas formas no se puede cambiar a la Providencia. No puedo agarrar a la Providencia por el cuello y decirle: tienes que hacerme feliz.

Bueno. De algún modo entiendo a Hannelore y a Kurti. En el amor hay tantas veces algún recuerdo bonito. Kurti decía muchas veces: Hannelore es ahora tan guapa como tú de jovencita. Naturalmente no estuvo bien lo que pasó, y además Hannelore era en aquella época demasiado joven. Pero hay que comprender también a Kurti. En la guerra era un oficial tan guapo y arrogante, que debió de pensar, cuando llegaron las primeras victorias, que le pertenecía el mundo entero. Y ese deseo de victoria no lo ha abandonado nunca.

Cuando Hannelore se marchó a Australia, él se divorció de mí y se casó con esa china o tailandesa, lo que sea. Eso nunca lo he entendido bien: qué puede encontrar en una chica de dieciocho años con los ojos torcidos.

Erna: Lo sexual es siempre devastador para la gente. Incluso gente buena ha sido destruida por el libertinaje. Cuando una es joven y el mundo irrumpe con su sexualidad en lo humano, a menudo es la sexualidad la que echa del mundo a lo humano.

Grete: Sí, y como la vida le da a una experiencia, hoy estoy completamente apartada del amor, aunque la verdad es que todavía tendría bastantes posibilidades de que me hicieran proposiciones. Hoy, Grete, sin ningún pesar, dice siempre sencillamente que NO. Y si a veces me vienen esos viejos sentimientos cálidos, me compro una salchicha de Brunswick y un queso de Emmental, pepinillos y una botellita de cerveza, y enseguida recupera la vida su rostro amable.

Erna: Precisamente en la comida se puede ahorrar tanto. Para eso conozco un sitio muy bueno, Wottila. Tiene el *leberkäse* en oferta especial permanente. En ningún caso es el *leberkäse* tan barato como en Wottila, Karl Wottila. No recuerdo ya cuánto tiempo hace que compro mi *leberkäse* a Wottila. Wottila me dijo una vez que tiene mucho que agradecer al *leberkäse* en los negocios, y que por eso, durante toda su vida, ha rebajado el precio del *leberkäse*. Para Wottila, es como una promesa, eso me lo explicó muy bien: si alguna vez lograba en la vida tener una salchichería, pondría los precios del *leberkäse* por los suelos, durante toda su vida. Bueno, pues consiguió su salchichería, y ahora la gente hace cola a su puerta para comprar ese *leberkäse* tan barato. Ése ha tenido también una vida interesante, Wottila; en realidad nació en Polonia, me lo contó todo una vez que estuvo aquí de visita.

Grete: ¿Wottila te hizo una visita?

Erna: Sí señora, incluso me trajo flores y un kilo de carne para *gulasch*.

Mariedl: Wottila es un hombre piadoso. Wottila tiene mucha fe.

Grete: Erna, Erna, ése sería el hombre adecuado para ti, aunque sea polaco. No fuma ni bebe. ¿No te visita ya?

Erna: *(Llorosa)* Nos sentamos ahí y hablamos tan bien, todo tenía un sentido tan profundo… Entonces entró Herrmann, ese cerdo, que acababa de dormir la borrachera, y fue y dijo: "Ajá, ajá (mientras hacía cosas raras con las narices), aquí apesta a leberkäse, tengo que echar un traguito…". De vergüenza hubiera querido que se me tragase el suelo. Wottila, sin embargo, se quedó muy tranquilo, y sólo dijo que Herrmann no tenía mucho aspecto de poder alcanzar la bienaventuranza eterna. Y que eso se podía ver ya en la cara de Herrmann: no era suficientemente firme, y dentro de la carne de aquel cráneo nunca resplandecería la luz eterna.

Grete: Vamos, Erna, no tienes que creerte todo lo que te diga Wottila.

Erna: Sin embargo, esa es la experiencia de años de Wottila. Es su hobby, estudiar las caras de todos los clientes que le compran carne. A mí me dijo una vez que era una buena mujer pero llevaba una vida infeliz, y era totalmente cierto.

Mariedl: Nunca hay que abandonar a la gente. Hay que estar siempre con ella y tratar de llevar la gente a la fe, con prudencia y benevolencia, como dice el señor cura.

Erna: Wottila es un hombre serio porque vive solo. Yo le dije que no podía echar de casa a mi propio hijo. Pero hay que tener en cuenta también que Wottila tuvo una vez una verdadera aparición en un claro del bosque, en medio de la oscuridad. Precisamente iba a fumarse un cigarro y a echar un buen trago de licor de hierbas, cuando se le apareció la Virgen María. Eso lo desconcertó tanto que se calló de espaldas. La Virgen María tenía tres metros y medio de alto e iba muy bien vestida, y fue y le dijo: "Fumar y Beber es un pecado insano; déjalo, vuelve y haz penitencia, y anúncialo al mundo entero". Entonces Wottila cayó en un desmayo profundo que duró unas cuantas horas. Cuando despertó, encontró un ramo de rosas blancas y una botella de agua mineral. Hizo una donación para levantar un calvario en ese lugar, y en adelante sólo bebió agua mineral. Todo lo más, por las mañanas, un café con leche, pero nunca licor de hierbas.

Grete: Sí, eso puede ser verdad, pero Wottila no tiene razón en todo. Tú misma dijiste una vez que había dicho que Herrmann debía comer mucho *leberkäse*, por su hígado alcoholizado. Y eso, mi querida Erna, es un error, un gran error, porque está científicamente comprobado. He consultado a una verdadera ginecóloga, a mi ginecóloga.

Erna: Científicamente… Científicamente, también hay muchas opiniones entre los científicos, pero la mayoría son personas creyentes, como ha dicho el señor cura. Y tampoco me creo todo lo que dicen los científicos, ni hablar. Que el *leberkäse* de Wottila no sea bueno para el hígado de mi Herrmann, no puedo creérmelo. Como Wottila trabaja tan horadamente y tan limpiamente con las salchichas, es seguro que no tiene suciedad ni sustancias tóxicas de ésas que hacen daño a la gente. Bueno, y tus ginecólogas me importan un pito, seguro que se equivocan, porque sólo se ocupan de la sexualidad.

Grete: Vamos… Vamos, Erna, bueno… *(Se ríe)* No dejas que se diga nada sobre Wottila porque estás enamorada de él, porque es un beato.

Mariedl: *(Muy fuerte)* No se debe llamar beato a nadie.

Erna: *(Poniéndose de pié de un salto)* Túúú… Eres una nazi, una divorciada, eso es lo que eres y ni siquiera puedes tomar la comunión.

Grete: *(Poniéndose de pié de un salto)* Tú también eres divorciada, vieja beata.

Erna: Pero soy una divorciada inocente, y sí que puedo comerme la comunión.

Grete: Sííí, porque tienes en la barriga un sexo enfermo, en donde lo único que entra es un trozo de leberkäse.

Mariedl empieza a llorar.

Erna: Sexo, sexo, eso es lo único que sabes tú. Eres una auténtica puta, una puta nazi y hitleriana.

Grete: Nazi, nazi, qué sabes tú de los nazis. Todos eran entonces nazis. Y si yo soy una puta, tú eres una monja recosida.

Erna: (Chilla) En realidad, nadie era nazi en nuestro país, todo lo más un grupito. En nuestro país noooo. Fue Hitler, aquel hombre malo y seductor. Algo así ha dicho el Presidente Federal, ¿no? Pero ¿por qué habló siquiera con alguien que ni siquiera es suficientemente sensata para ir regularmente a la iglesia? La gente que abandona la misa sólo sirve para hacer con ella salchichas, como dice Wottila.

Grete: *(Llena de odio, se acerca a Erna)* Síííííí, realmente es una lástima que Hítler se olvidara de ese obispo polaco tuyo del leberkäse.

Erna da un chillido y se lanza contra Grete. Comienza una larga lucha sin cuartel. Mariedl trata de rezar en voz alta, pero la interrumpen una y otra vez sus propios sollozos. De pronto, como petrificadas, dejan de pelearse. Desconcertadas, comienzan a arreglarse la ropa. Mariedl se va tranquilizando y empieza a reunir postizos del cardado de Grete. Erna y Grete están sentadas en el suelo, perplejas. Finalmente, Erna se levanta y, con Mariedl, ayuda a levantarse a la gorda Grete.

Erna: Qué tontería, por una pequeñez…

Mariedl: *(Arreglando, presurosa, la cocina comedor)* Ahora haced las paces, tiene que reinar otra vez el amor al prójimo.

Grete: Tienes que aprender a aceptar otras opiniones, Erna, hay que saber hacerlo, lo dijo el Presidente Federal.

Erna: ¡Y tú, y tú también!

Grete: Pero, ¿qué dices? ¿Crees que yo no tengo una fe como es debido? Tengo mucha fe, pero para mí todo eso es más difícil que para la gente normal. ¿Por qué? Naturalmente por Lydi. ¿Cómo voy a dejar a Lydi sola para ir a la Santa Misa? Ya ves, siempre he querido decírtelo, Erna. Y de Lydi, que es tan despierta, no puedo exigir que se esté quieta tanto tiempo en la iglesia, si es que la dejan entrar siquiera. De manera que, ¿qué puedo hacer los domingos con Lydi?

Erna: Comprendo, Grete, que es un problema difícil. En realidad no quería decir lo que he dicho.

Grete: Tampoco yo quería decir lo que he dicho, de de Wottila. Seguro que su *Leberkäse* no es malo, hasta Lydi se come a veces un pedacito, y eso que suele ser bastante difícil de convencer.

Mariedl: Otra ve reina el amor prójimo. Bueno, daos un besito y todo arreglado.

Acerca a la fuerza las cabezas de Erna y de Grete y, aunque al principio se resisten, terminan abrazándose.

Erna: Vamos a olvidar todas las porquerías de la vida. Lo mejor será que nos divirtamos un poco. Herrmann está en la taberna, tu hija en Australia y Mariedl está de todas formas. Vamos a olvidarnos de todas las preocupaciones y de toda la política.

Grete: Exacto, ¿por qué no podemos divertirnos un poco unas viejas botargas como nosotras? Voy a ir ahí enfrente a traer un poco de vino.

Mariedl: ¿Qué son botargas?

Grete: Una especie de embuchado.

Erna: Ja, ja… Entonces volvemos otra vez a Karl Wottila.

SEGUNDA ESCENA

Otra vez en la cocina comedor de Erna. El mobiliario es el mismo, pero la habitación parece de algún modo distinta. Se ha vuelto socialmente menos característica y ha cobrado un aire festivo, en cierto modo de feria. Sobre la mesa hay un escanciador con cuatro vasos demasiado grandes y un cestito de panecillos duros. El televisor está encendido y muestra una carta de ajuste. Todas están cómodamente sentadas bebiendo vino.

Erna: Ya se lo puedo decir cien veces: siéntate, Herrmann, te hará bien, esta película será un descanso para tu conciencia. Pero, precisamente por eso no ve la película.

Mariedl: Casi todas las películas son preciosas. Las montañas y el mar, la gente que se besa en la boca y tiene niños de verdad. Y hay siempre dificultades difíciles, que los buenos saben eliminar del mundo.

Erna: Una buena película muestra la vida como podría ser si las personas fueran buenas unas con otras. Hay que presentar en las películas siempre a gente buena, para que la gente sea más buena, sobre todo los jóvenes con los viejos.

Grete: En una película, lo primero es que sea divertida, para que pueda haber una distracción en la vida.

Erna: Sí, la vida diaria necesita alguna diversión. Aunque también me gustan las películas con problemas, si son bien intencionadas, por esa cruz que tengo que soportar como castigo, a causa de Herrmann…

Mariedl: Divertirse, si se hace moralmente, es como polen para el alma. El señor cura dice que al Señor le gusta que sus ovejas se diviertan.

Grete: *(Levantando el vaso)* ¡Salud! *(Canta)* ¡Bebamos un vasito más! Tralarí, tralarí,…

Erna: *(Riéndose)* Eres una mujer alegre, Grete, realmente tienes arte para divertirte. Y también hay que conocerla, la vida alegre. Pero a ti no te oprime tanto esa hija descarriada como a mi Herrmann.

Grete: Deja ya de preocuparte por Herrmann *(y canta)*: "Maaamááá, no llores por tu hijo…" *(Mariedl aplaude entusiasmada).*

Erna: *(Suavemente)* No debes burlarte de mí, Grete.

Grete: Vamos, ahora vamos a celebrar la gorra de piel y el televisor y, ya está, se acabó, … *(A Mariedl)* Vamos, Mariedl, canta una cancioncilla animada.

Mariedl: *(Reflexiona y canta)* Puntita afuera, puntita adentro, qué gusto da, qué gusto siento…

Erna: Bueno…

Mariedl se calla, Erna y Grete se miran desconcertadas. De pronto, Grete empieza a reírse y a gritar.

Grete: No sabe lo que está cantando… *(Y ríe con fuerza)*

Erna: No tienes que imaginarte siempre lo peor, Grete, es sólo una canción popular.

Grete: ¿Qué crees que quiere decir eso de la puntita? Tú no eres tan inocente como Mariedl.

Erna: Bueno, sí, pero no hay que verlo de una forma tan ordinaria, es sólo algo simbólico… Hay que verlo así.

Mariedl no entiende nada y se limita a sacudir la cabeza perpleja.

Grete: ¡Qué va! Las palabras hay que decirlas como salen y las fiestas celebrarlas como vienen. Ahora recuerdo en mi interior la época en que Grete estaba enamorada. Y mi interior lo celebra con un vasito de vino.

Mariedl: Mariedl se da cuenta muy bien cuando los corazones de otras personas se alegran y empiezan a dar saltos como una pelota *(se levanta y da unos pasos de baile, pero enseguida vuelve a sentarse).*

Erna: Lo mejor que puedo imaginar sería ir alguna vez a Roma con Wottila. Un urbi et orbi en la plaza de San Pedro sería algo muy bonito. O, por lo menos, estar alguna vez en un prado… O quizá en una fiesta simpática.

Grete: Exacto. Una fiesta grande y simpática sería lo que Grete necesitaría. Tendría que haber mucha gente y muchos músicos, todos con bonitos trajes regionales.

Uno de los músicos tendría que ser muy alto y muy fuerte, un bribón guapo, tan fuerte que pudiera tocar la batería. Y precisamente él le guiñaría el ojo a Grete todo el tiempo, con mucho descaro. Enseguida se nota que es el más sinvergüenza de los músicos, porque es el único que se ha arremangado. Y, cuando hay una pausa en la música, el chico guapo se bebe un jarro de cerveza gigantesco y brinda por Grete. Grete coge su vaso y lo levanta también, un poquito. Y, sin que lo note toda esa gente que está en la fiesta, entre el escenario de los músicos y la mesita en donde se sienta Grete, surge una historia de amor. Y ahora, digamos, hay una pausa más larga en la música, y sube un tipo al escenario que cuenta chistes. El chico guapo, digamos, se llama Freddy, y tiene ahora tiempo de sobra para mirar a Grete. Sin embargo, ella, lo mira poco, porque no es una de ésas que enseguida está dispuesta en cuanto alguien la mira. Pero se da cuenta de que el amor ha entrado ya por la puerta grande y ha tomado posesión de Grete y de Freddy.

Mariedl: Y la Mariedl ayudará a servir en la fiesta. Lo limpiará todo hacendosamente y de vez en cuando le dejarán también servir a algún cliente. La gente admirará las manos hacendosas de la Mariedl cuando maneje los trapos. Y entonces, un señor elegante entrará en la fiesta y dirá espantado a toda aquella gente alegre que el retrete se ha atascado, que todos los retretes se han atascado y los excrementos llegan ya al borde.

Erna: La gente tiene derecho a divertirse, porque el alma necesita un descanso. Pero antes de la fiesta esas buenas gentes han ido a misa, porque tienen que dar gracias al Todopoderoso cuando los espera una diversión y una felicidad. Wottila tiene la frente mojada aún de agua bendita cuando entra con Erna del brazo. Y por todas partes le ofrecen bebidas alcoholizadas y cigarrillos perjudiciales. Pero Wottila se limita a decir: “arrepentíos, volved sobre vuestros pasos y anunciadlo al mundo entero. Y Erna lo mira feliz.

Las tres mujeres van fantaseando por turno, con la cabeza echada atrás y los ojos cerrados.

Grete: Entretanto, Freddy ha tocado tanto la batería que decide dejarla. Da una señal a los otros músicos guapos para que cambien la música por una canción más romántica, porque probablemente no tendrá tiempo de tocar ahora *(Una risita).*

Mariedl: Y entonces la gente bebe mucha cerveza de la buena y come mucha carne de la buena y relucientes pepinillos muy grandes de los buenos,… Y todos sienten una gran necesidad, porque los alimentos quieren salir del cuerpo humano cuando han sido digeridos.

Pero, ¿qué pueden hacer? Todo está atascado, no hay ningún retrete libre. Además, la excitación es cada vez mayor porque uno de los retretes se ha desbordado. La gente agita los brazos y grita "¿dónde está la Mariedl, dónde está la Mariedl? Idla a buscar porque no hay retrete atascado que se le resista a la Mariedl".

Erna: Y Erna bebe con descaro un vasito de vino, y Wottila la mira con un poquito de picardía.

Grete: Y Freddy sonríe ahora muy pícaramente, aunque está muy cohibido. Se ha armado de valor y se ha sentado junto a Grete. Grete lo mira por el rabillo del ojo y ve que Freddy se ha puesto muy colorado, hasta la raíz de su pelo rubio. La Lydi de Grete, bajo la mesa, ladra muy fuerte porque está celosísima. *(Se ríe).* Pero Freddy mete la cabeza bajo la mesa y acaricia a Lydi con tanta maña que también ella pierde enseguida la cabecita.

Mariedl: Y la gente ha descubierto ya a la Mariedl. La gente da vivas a la Mariedl. ¡Viva, viva, viva!, gritan todos mientras la llevan en hombros hasta el retrete. Allí espera el señor cura. ¡El señor cura! Sonriendo con *picardía*. Tiene un par de guantes de goma nuevos de color rosa y los mueve ante la cara de Mariedl. Pero la Mariedl dice que no con la cabeza. Entonces la gente se ríe, porque sabía ya que la Mariedl diría que no con la cabeza. Y todos abren paso, porque la Mariedl va a ponerse a la labor. Entonces la Mariedl se quita el chaleco verde y se remanga las mangas de la blusa rosa.

Erna: Sí, pero, entretanto., Erna se está comiendo un pan con carne ahumada y pepinillos que le ha comprado Wottila. Wottila ha ido al mostrador, ha olido los panes con carne ahumada y ha dicho que no es verdadera carne ahumada como la que él tiene en su negocio. Pero más vale eso que nada, ha dicho, y que no hay que ser demasiado exigente. A Erna la carne le gusta, porque está de muy buen humor, y Wottila la mira también muy humanizado y dice incluso que alguna vez podrían bailar algo lento.

Grete: Freddy sí que sabe bailar. Agarra a Grete y la hace dar vueltas por la sala de la fiesta. Un verdadero músico sabe cómo hacerlo, y las otras chicas, con sus chicos que parecen medio muertos, los miran. Y él no hace más que decirle a Grete cosas al oído, que hacen que Grete se ruborice. Y una vez Freddy le da incluso un pellizco en la cadera. Pero la Lydi se siente de momento desgraciada. Grete ha tenido que atarla… Fuera, delante de la fiesta, por el ruido. Y la Lydi se porta tan bien… No ladra, sólo gimotea.

Mariedl: Ahora la Mariedl está en plena faena, pero todavía no ha encontrado nada. El retrete es muy profundo, lo que la preocupa, y además la gente ha hecho deposiciones muy duras, que van apareciendo una tras otra. Entonces la Mariedl nota algo que es más firme que ninguna defecación. Duro y liso y algo así como redondo. Lo agarra con los dedos y es una lata de conservas, y además sin abrir. Y entonces la gente aplaude cuando la Mariedl levanta en alto la lata y el retrete gorgotea. El cura dice que la lata es de la Mariedl y le tira un abrelatas. Y que mire lo que hay dentro. Rápidamente, ella lava la defecación de alrededor y la abre con habilidad. Dentro hay un *gulasch* y qué bien huele. Es un *gulasch* húngaro, dice el cura, con muchas especias, y le tira a la Mariedl un tenedor y un panecillo.

Grete: Sí, quizá la Lydi se sienta todavía desgraciada, pero es que no sabe aún que muy pronto será tremendamente feliz. Freddy pellizca a Grete cada vez más a menudo, y el pantalón se le ha abultado mucho. Entretanto, ha contado que en su tierra tiene una finca grande, con muchos criados y su propio matadero. Hay mucho sitio para que la Lydi corretee, y toda la carne es de la mejor.

Freddy dice que Grete sería la mujer adecuada para ser un ama alegre. Sin embargo, Grete se da cuenta de que la Providencia está haciendo lo que Grete se merece. Freddy dice entonces que le gustaría salir afuera y encontrar un sitio tranquilo. Ella es una mujer seria, dice, y no es que no comprenda al Freddy, pero hay que ser serios. El pequeño Freddy sabe apreciarlo. Eres una mujer para toda la vida, dice, y tiene toda la razón. Y yo le digo que cuando tienes razón, tienes razón. Y a él se le abultan aún más los pantalones.

Mariedl: Y la Mariedl está mojando ya medio panecillo en la lata de *gulasch*…

Erna: Bueno, bueno, eso todavía no. *(Fulmina furiosa a Mariedl)*. ¿No te das cuenta de que ahora comienza la música lenta? Bueno, la música toca por fin algo lento… Wottila agarra a Erna por los codos y le pregunta si le concede el honor. Dice también que no baila bien porque es hombre temeroso de Dios, que ha conseguido tener su propia salchichería y, evidentemente, no ha tenido tiempo de aprender a mover el solomillo. Y hasta se ríe un poquito, Wottila, y dice que cuando se quiere algo como es debido hay que apartarse del baile y saber quitarse el solomillo de la boca. Y Erna lo entiende muy bien, sabe lo que es la vida cuando hay que ahorrar, y el corazón se le ablanda. El baile está terminando ya. Wottila dice a Erna al oído, muy bajito, que tiene que ir al retrete, porque se le han soltado los tirantes del pantalón y tiene que arreglárselos, y que quizá aproveche también para hacer del vientre. Sí, sí, dice Wottila, un soltero tiene la vida difícil. Entonces se ve cuánta confianza tiene en Erna para contarle cosas tan íntimas.

Mariedl: Sí señora, el señor Karl Wottila puede ir ya, porque la Mariedl ha despejado uno de los retretes. Y ahora se siente fortalecida por el *gulasch*. Eso no le había pasado nunca: comerse un atasco del retrete. La gente rodea a la Mariedl, desde luego a unos metros, ya se entiende, porque son muy sensibles al olor del lugar. Pero sienten envidia por el sabroso *gulasch*, eso se ve muy bien porque todos sonríen. Y luego, cuando el gulasch se ha acabado, todos la llaman:¡hop, hop, hop, hop! Todos a un tiempo quieren animar a la Mariedl para que vaya al retrete siguiente. Y el señor cura sonríe otra vez con mucha picardía, agitando los guantes de goma. Y la gente, alegre, dice a coro: "La Mariedl lo hace a pelo, la Mariedl lo hace a pelo…". Y la Mariedl está metiendo ya la mano, qué cosas sabe hacer la Mariedl. Ya ha pescado el papel reblandecido, y las cacas delgadas también, y entonces, de repente, nota algo duro de nuevo… Es como un tarro de cristal, piensa, y ¡zas!, ya lo tiene fuera.

En la taza corre otra vez el agua. Da gusto verla. Pero, ¿qué tiene la Mariedl en la mano? Una botella de cerveza, toda una botella de cerveza y, por añadidura, sin abrir. Pero va tan bien con el *gulasch*… Alabado sea Dios, dice, porque sabe muy bien que el señor cura ha querido darle una gran alegría, como una liebre de Pascua, ha escondido esa sorpresa en el retrete: una excelente cerveza. Ahora la Mariedl siente verdadera curiosidad por saber qué se esconde en la tercera taza.

Erna: Sin embargo, ya es hora de que el retrete de la Mariedl tenga un poco de calma, porque hay que hablar otra vez de un hombre tan honrado como Wottila.

Grete: ¿Y Freddy? ¿Voy a dejarlo en conserva con su amor? Wottila está sentado en el retrete que la Mariedl ha despejado. Ahora les toca otra vez a Freddy y a Grete.

Erna amenaza con el puño a Grete y la mira con odio. Mariedl se bebe, feliz, su botella de cerveza imaginaria.

Grete: Bueno, me había quedado con el dedo levantado. Así pues, Grete amenaza a Freddy con el índice, como si fuera un niño, y ¿qué hace el muy sinvergüenza? Le enseña a Grete también el dedo, su propio dedo. Y Freddy tiene un precioso dedo, un dedo muy bonito y muy gordo y, ¿qué hace el muy sinvergüenza con ese dedo? Apenas ha acabado Grete de bailar bajo los focos, él le mete el dedo a Grete en el trasero. Eso es un verdadero placer para Grete, pero tiene que hacer que su cariñito vuelva a la realidad con un azote. Freddy lo comprende enseguida, naturalmente: no quiere una puta por esposa. Bueno, bueno, dice Grete a su cariñito, ya has podido meter ese dedo en el cofrecito de Grete, que es muy distinto a esa especie de gallina muerta que tienen otras mujeres bajo las bragas. ¿Y qué hace el encanto de Freddy? Una propuesta de matrimonio en toda regla. Pero Grete es una mujer que sabe de la vida, y dice sólo que le gustaría bailar un poco, y que luego dará una respuesta a Freddy.

Mariedl: Y la cerveza es un elixir de vida para la Mariedl…

Erna: Un momento, esto no puede ser. Ahora te callas la boca, Mariedl. Nadie debe pensar que Wottila sigue sentado en el retrete, no le pasa nada en las tripas. De manera que, en cuanto vuelve, dice que ha hecho una defecación rápida, porque no es un cerdo enfermizo como otra gente, que escribe palabras feas en las puertas y en las paredes y en los techos de los servicios. Dice incluso que esas palabras le han hecho permanecer menos tiempo. El Papa, el Presidente Federal, todos arrastrados por el fango, dice él, Wottila, y hasta le da un besito a Erna en la punta de la nariz. Pero eso depende mucho de una buena alimentación, una mala defecación se debe a una alimentación insana y descuidada. Y quien defeca mal tiene que pasar mucho tiempo en el retrete y entonces vienen esos malos pensamientos que tienen las personas que embadurnan sus maldades en las paredes del retrete.

Wottila es un hombre tan sensato. Dice, por ejemplo, que sería muy sensato colgar una simple cruz frente a la taza o una fotografía del Presidente Federal, porque en las escuelas y las oficinas cuelgan siempre fotos así. Eso haría comprender a la gente su propia mediocridad y la haría pensar en que sólo es un montón de caca y no debe embadurnar las paredes. Pero qué se puede decir de este mundo, dice Wottila, las cosas malas se acumulan en el cuerpo humano y el hombre tiene que perpetuar su propia deformidad en todo lo que le rodea. Tiene razón Wottila, es realmente una persona con vocación, por eso ahora es también miembro del consejo parroquial. Es responsable de lo terrenal y de la buena marcha de la iglesia, dice.

Mariedl ha estado escuchando fascinada. Durante las explicaciones de Erna, se ha ido acercando mucho a ella con su silla. Ahora se empieza a alejar lenta y torpemente.

Mariedl: Me alegra mucho que la Mariedl haya limpiado todo el retrete, porque es realmente alguien que infunde respeto a la gente, ese señor Karl Wottila, y si además resulta que es del consejo parroquial… *(Primero pensativa, después chispeante).*

Pero lo que ni siquiera sabe el señor consejero parroquial Karl Wottila es la sorpresa que hay escondida en el tercer retrete. Eso sólo lo saben Dios Nuestro Señor y el señor cura, y quizá los ángeles divinos que en el cielo están. Y esas personas arman mucho jaleo cuando la robusta Mariedl mete el brazo entero en la taza hasta los pelitos del sobaco. Pero en el agujero no hay nada duro ni liso. Qué raro, piensa la Mariedl, quizá el retrete esté atascado sólo con una defecación. Entonces el señor párroco vuelve a sonreír con picardía, le dice que insista. Me parece usted muy pillín, le dice la Mariedl al señor cura, y vuelve a meter la mano hasta el fondo. Entonces nota una cosa extraña y la saca, y es un paquetito envuelta en una bolsita de plástico, para que el papel de regalo no se empape de agua sucia. Y la gente aplaude y canta: "Viva, viva, tres veces viva". Y la gente se alegra de que la Mariedl se lleve una alegría tan grande. El señor cura dice que ése es un regalo en honor a Mariedl, a su celo en el trabajo, a su gran profesionalidad… Rápidamente, ella lo abre. ¿Y qué hay dentro? ¡Un perfume francés, auténtico, para que pueda oler bien la Mariedl!

Grete: Alguien como Grete no necesita perfume, aunque, desde luego, sus admiradores le regalen perfumes continuamente. Grete tiene tan buen aroma al natural que

apenas necesita olores extraños. Freddy dijo enseguida que yo olía como su plato favorito: cerdo asado con patatas. Y ésa es una cualidad importante en la mujer: oler al menos tan bien como el plato favorito de su marido. Pero ahora hay que tomar una decisión difícil y tiene una enorme responsabilidad: ¿Debe conceder su mano a Freddy para toda su vida? Por eso sale durante unos instantes al exterior, para consultar con la Lydi, pero la Lydi está hecha un lío espantoso. Por una parte, mucho sitio para corretear y una comida estupenda. Por otra, tener que compartir a su amita con Freddy. No resulta fácil, eso hay que comprenderlo. Y cuando Grete sabe qué decisión debe tomar, la Lydi mueve otra vez la cabecita diciendo: "sí, sí, sí, sí,…" Ahora Grete sabe que puede quedarse con Freddy en el nombre de Dios. Y entonces hay una gran alegría en el corazón y entra de nuevo a la fiesta con paso decidido. Freddy viene ya hacia Grete con los ojos echando chispas de pura expectación y miedo, y de ansia y de deseo. Y se pone de rodillas y le dice que se matará si ella le atiza un "no". Pero qué tontín que eres, dice Grete, rascándole el cabello dorado. Lo que te digo es que "sí". El da un saltito como si le hubiera mordido una cerda rabiosa, y grita y canta con gran entusiasmo. "¡Me ha dicho que sí, me ha dicho que sí", grita alegre, y de pronto da un salto al escenario. Sus compañeros felicitan a la guapa Grete, y entonces Freddy toca la batería de tal forma que casi se descacharra. Toda la gente de la fiesta se siente feliz y baila alrededor de la guapa pareja. Sin embargo, muchos hombres están deprimidos, porque también habrían agarrado con gusto a Grete. Pero ella ha elegido y tiene que rechazarlos a todos, a cada uno de ellos, porque el que ha elegido es ahora suyo y él no aguanta esas cosas. *(Grete agotada y feliz se seca el sudor)* ¡Aaah! Qué estupendo ha sido…

Mariedl: Y la Mariedl abre el frasquito y echa enseguida un trago del mejor perfume…

Erna: No sabía que pudieras hablar tanto de retretes, Mariedl. ¿No ves que Erna y Wottila simpatizan cada vez más? No comprendes que exista una alegría tan grande que haya que compartirla. *(Levanta la cabeza y se queda meditabunda).*

Además, los dos se están comiendo ahora otro pan con carne ahumada, sólo que Erna bebe café con leche, porque otro vasito de cerveza podría provocar que sus sentimientos se perdiesen en el abismo. Por añadidura, Wottila ha cogido entre sus manos una de las laboriosas manos de Erna y contempla con devoción sus dedos despellejados.

Dice que la Madre de Dios, que se le apareció en el claro del bosque, se parecía a Erna, lo mismo que se le parecía también a su mamá, sólo que la Madre de Dios, en lo que se refiere al vestido, iba mucho más aparatosa y tenía además alrededor una gran instalación de pequeñas luces de colores intermitentes. Cuando Erna lo oye, es como si su interior quisiera salir disparado hacia la bóveda celeste. Eso es para mí un honor, dice sólo, y no puede decir más, porque la emoción la invade todo el cuerpo.

Wottila dice entonces: "debe tener un significado más profundo el que mi mamá, la Madre de Dios, y mi mejor cliente, la señora Erna, se parezcan todas. Mi alma piensa que hay que hacer algo al respecto".

Y Erna dice que sí, que evidentemente, que qué se puede hacer.

"Quizá el matrimonio sería lo mejor", responde el bueno de Wottila, "también para mi negocio; una salchichería necesita unas buenas manos femeninas".

"Sí, eso lo entiendo", dice Erna.

Wottila respira profundamente y dice: "Todo se ha consumado, pondré mi carnicería en tus manos, señora Erna Wottila. Señora Erna Wottila, susurra muy afectada Erna. Cuesta dos chelines más, dice él, pero en un día tan maravilloso como el de hoy está muy bien que así sea.

Mariedl levanta la mano como una colegiala, mientras se mete un dedo de la otra mano en la nariz. No le hacen caso.

Grete: Grete tiene también de momento en el bote una gran felicidad. Freddy está loco por Grete, y continuamente tiene que arreglarse los pantalones de cuero, porque le aprietan mucho. Pero el buen chico se domina, porque siente respeto y veneración por la feminidad de Grete. Y Grete ve más lejos, ahora piensa en cómo será su vestido de boda y en el regalo que le hará a la Lydi. Un platito de carne estofada, pero además algo bonito. Quizá una camita nueva.

Erna: Erna y Wottila sienten ahora una profunda satisfacción. No se les ocurre nada más que hablar. Erna se siente un poco mal a causa de los muchos panes con carne ahumada, pero cuando se ha comido demasiado de algo bueno, una se siente agradablemente mal. A Erna le preocupa desde luego el futuro, porque la esperan grandes responsabilidades. Al fin y al cabo va a pasar de mujer de la limpieza a mujer de negocios, y ese es un gran paso. El ser humano tiene que ser cada vez más precavido en la vida, porque va aumentando todo de importancia.

El ser humano, cuando está metido en negocios, no puede relacionarse al azar con los otros seres humanos, porque cuando el barco de la vida se inunda de responsabilidades, una no se puede permitir ya muchas cosas. Una mujer de negocios tiene que mantener lejos de su vida los excrementos y la caca.

Mariedl se inquieta cada vez más, sigue con el dedo levantado, pero empieza a arrastrar las botas por el suelo.

Grete: Sí, también Grete sabe que su pulcritud tiene que manifestarse mucho más. Como señora de una verdadera granja, se ve mucho más hostilizada por la suciedad de la vida. Y la Lydi tiene también nuevas tareas, tiene que ser un auténtico perro guardián, para ella se ha acabado el comer mierda y tiene que proteger a Grete y Freddy de la suciedad del mundo. Los malos elementos se desarrollan enseguida en gran número en cuanto una mejora de posición social. En la nueva vida harán falta órganos de vigilancia mucho más fuertes.

Erna: La gente de la calle se lo envidia todo a una cuando ha conseguido algo trabajando y tiene su propio negocio. Entonces una tiene alguna joya bonita y hasta puede que un coche reluciente. Una persona hacendosa puede ir también con frecuencia a Lourdes y a Medjugorje, y no en un autobús apestoso. Pero las cosas son así. Cuando una recibe su recompensa por una vida de trabajo, la gente le echa encima sus malvadas defecaciones. Y esos elementos malos siguen actuando hasta que todo lo noble y lo auténtico se hunde en la caca y se ahoga en el pis.

Mariedl: *(Agitando las piernas)* Ííííííí, yo quiero ahora…

Grete: Por mí… Puedes acabar con tus sucias fantasías. Erna y yo tenemos cosas más serias en que pensar.

Mariedl: (Irritada se rasca por todas partes) La gente ha dejado otra vez los retretes. Todos se han ido. Nadie se ha quedado atrás, sólo la Mariedl. Ahí está ahora la Mariedl, con el frasquito de perfume que se ha bebido, y su interior huele como el de todas las señoras elegantes del mundo juntas. Fuera, sin embargo, todo sigue lleno de mierda humana y eso la entristece un poco. Mi belleza es mi alma, piensa, pero por desgracia tengo el alma tan tremendamente dentro… El alma incuba la vida eterna, pero el cuerpo hay que enseñarlo toda la vida. Además la Mariedl se ha cortado con la lata de *gulasch* húngaro.

Y la cerveza se ha acabado, también se la ha bebido, y la Mariedl se siente mal, horriblemente mal. La verdad es que un gulasch húngaro y un frasquito de perfume no se llevan bien en las tripas. En un retrete se puede estar muy sola, cuando no hay nadie y no se siente ninguna necesidad, ni grande ni pequeña. Entonces la Mariedl hace un esfuerzo y deja hacer correr la defecación más grande. Quiere volver con la gente que, en la fiesta, celebra su felicidad. Entra en la fiesta y disfruta de la música alegre. Mira a Grete, que da saltitos y suelta risitas, porque el barrigudo rubio pretende otra vez meterle el dedo bajo la falda. Mira a Erna, que está brindando con café con leche con Wottila.

Y, en general, toda la gente se siente con el corazón alegre y rebosa casi de felicidad, como un retrete atascado. Pero, una y otra vez, la vida sigue sus propias leyes y hace aparecer un peligro mortal en la superficie de la vida.

Ante la fiesta se ha parado un taxi, y del taxi salen dos personas, un hombre y una mujer. No han pagado al taxista, que corre detrás de ellos, gritando: "Quiero cobrar…". El hombre, sin embargo, sólo dice que le pagarán a plazos las viejas que hay dentro, y son los tres los que entran a la fiesta.

Delante de la fiesta hay una perrita atada, una perrita salchicha, llamada Lydia, y la mujer le da una patada.

Grete: ¡Aaaah! ¿Quién es la cerda que ha hecho eso, la muy puta?

Erna escucha interesada y hace señal a Grete de que se calle. Grete solloza en voz baja.

Erna: Sigue, Mariedl.

Mariedl: Grete ve a Hannelore ya desde lejos. (Grete solloza con más fuerza) Grete se pone blanca como el papel y tartamudea: ¿Pero dónde está realmente Australia? Hannelore va directa a donde está Grete y, sin decir palabra, le da un par de bofetadas, con lo que a Grete se le cae la dentadura y se le tuerce la peluca. Luego dice que el pesado que tiene detrás es un taxista que quiere que le paguen, y que es Grete quien tiene que pagarle, porque desde ahora todas las cuentas tendrá que pagarlas Grete con su pensioncita. Grete gimotea y echa baba por la boca.

Grete da un alarido y quiere precipitarse sobre Mariedl. Erna es más rápida y la sujeta.

Erna: Deja que la Mariedl siga mirando la realidad, quizá pueda ver mi felicidad con Wottila. Hay que saber soportar la verdad, Grete, hay que mirar de frente la verdad, con los pies bien plantados en el suelo, aunque los tengas un poco hinchados… Sigue, Mariedl.

Grete se ha hundido y tiembla. Mariedl vuelve a hablar.

Mariedl: Freddy ya no encuentra ningún placer en meterle el dedo por el culo. Desconcertado, contempla ahora la dentadura postiza que hay en el suelo sucio. Y como todo aquello le resulta desagradable, saca su dinero. El taxista no hace más que reírse tontamente y dice algo a Freddy sobre la profanación de cadáveres, al ver a Grete allí tan desmantelada. Freddy pone dos billetes de cien sobre la mesa y dice que, de todas formas, estaba ya harto de aquel vejestorio. Entonces Hannelore suelta la carcajada y le larga a Grete otro par de bofetadas, que hace que se le caigan los postizos. Las mismas personas que se habían reunido antes en torno al retrete de las sorpresas están ahora alrededor de la atascada Grete. Uno dice: mirad, se ha hecho pis encima. Freddy se siente todavía más inseguro y deja otros dos billetes de cien sobre la mesa, y luego se levanta, se toma su cerveza y se une a los que miran. Entonces entra uno, tira algo al suelo y pregunta: "¿de quién es este perro muerto?"

Grete: ¡Lydiiiiiii! *(Y se acurruca y le da una convulsión. Aprieta los puños y tuerce el gesto).*

Erna: La vida hace que en este valle de lágrimas florezcan no pocas flores del abismo.

Mariedl: Ahora la gente se inquieta otra vez, porque no hay nada más que ver. Grete está completamente enterrada bajo un periódico atrasado y no se mueve ya. Entretanto, Hannelore telefonea al manicomio. Pero, al otro lado de la fiesta, se ha reunido mucha gente, y Herrmann alborota entre las mesas. Es alto y fofo, y está completamente borracho. *(Grete ha vuelto a incorporarse. Se le ha corrido el maquillaje y está totalmente transtornada).*

"Fuera –grita- tengo que ver a mi mamá y a su salchichero, tengo que comprobar si él se ha cepillado ya ha esa vieja cerda". Erna está allí sentada, como fulminada por el rayo, y Wottila parece como si hubiera tenido otra aparición. Herrmann se sienta con estrépito y grita: "Ah, ah de la casa… un barril de cerveza, que tengo que tragarme las últimas hostias".

Erna se levanta y, amenazante, se pone en movimiento. Grete agarra a Erna y la obliga a sentarse otra vez. La mantiene agarrada hasta que Erna hunde la cabeza en su vestido.

Grete: También tú tienes que hacer frente a la verdad, Erna. La vida consume lo que quiere. Unas veces te hace la defecación gorda y otras delgada. Y cuando la vida hace una caca así, es la Providencia y no se puede hacer nada. De manera, Erna, tienes que ser valiente y esperar… hasta que acabe. Sigue Mariedl.

Mariedl: Wottila es el primero en recuperarse y dice a Herrmann: "Cómo se atreve a hablar así de esta mujer, que le ha dado la vida?". Herrmann se levanta, se limpia los pies en el traje de Wottila y le echa el café con leche por la calva. Wottila se saca rápidamente el pañuelo del bolsillo del pantalón y se limpia silenciosamente. Luego dice: "El Señor le perdone, Herrmann, las ofensas que hace continuamente. Cada gota de sangre de las heridas de Cristo lo arrastra un poco más al infierno". Y Herrmann dice: "¿qué te parece, mamá, cómo se atreve a hablar a tu hijo este reciclador de animales muertos?". Pero Erna se limita a jadear como una oca medio estrangulada. Probablemente no puede respirar porque el ambiente se ha vuelto sofocante con tantos espectadores. Erna tiene fuerzas aún para escupirle a la cara a Herrmann. Pero a Herrmann le da un ataque de risa. "¿Qué es esto de que una cerda escupa a un cerdo a la cara?", dice. Se levanta muy tranquilo, se alisa el pelo y, agarrando a Erna y a Wottila por el cogote, les hace chocar las cabezas hasta que la sangre salta y las almas de los dos emigran. (Respira profundamente y se estira).

¿Y qué hace entretanto la Mariedl? Dispuesta a todo, está allí con el vientre resplandeciente. Y la deposición humana que hay en su cuerpo se transforma en polvo de oro. La gente ha molido a palos a Herrmann y lo ha atado, y de vez en cuando le siguen leyendo la cartilla a puñetazos, hasta que llega la policía. Pero la Mariedl flota sobre la gente, y la gente guarda silencio, porque puede ver como se desprende la piel de la Mariedl y es que el polvo de oro hace mucha presión. La Mariedl flota hacia Erna y Wottila, a los que ahora enterrarán juntos, y esparce un poquito de polvo de oro sobre sus cráneos destrozados. Y luego la hermosa Mariedl flota hacia el pobre Herrmann, que no saldrá ya de la cárcel, y le regala también polvo de oro. Y no hay que olvidar a Grete, que ahora irá al manicomio, Hannelore lo ha arreglado ya. Y antes de que Hannelore vuelva a Australia, recibe también polvo dorado de la Mariedl.

Entretanto, Erna y Grete se han puesto de pie y examinan el cuchillo de cocina del aparador de Erna. Erna sale un momento y vuelve con un cubo y un trapo.

Mariedl: A la Mariedl no le duelen los pies, le sienta bien eso de flotar, los pies se le vuelven más pequeños y la vida cada vez más grande. Hasta el señor cura es sólo como una mosca azul, de lejos que está. La Mariedl flota cada vez más alto. Abajo está Lourdes, del tamaño de una caja de cerillas. Y allí vuela la Virgen María, que tiene que aparecerse otra vez a alguien… de tamaño no mayor que una chinche. La pobre mira hacia abajo, bondadosa.

Delicadamente y sin mostrar ninguna emoción, Erna y Grete se acerca a Mariedl. Cuidadosamente, le cortan el cuello de oreja a oreja… Erna acude enseguida con el cubo y el trapo, para evitar que se produzca una gran cochinada.

Erna: Las personas huelen muy raro por dentro. Que la gente tenga tanta sangre dentro de la carne… Y ésta seguro que tenía también una defecación en la cabeza. En realidad me gustaría saber…

Grete: La lengua no tiene mal aspecto, me la llevaré para la Lydi.

Erna: Qué tranquila puede ser esa sangre tan roja… Siempre había pensado que, cuando una estaba muerta, todo se trastornaba dentro de la persona muerta.

Grete: ¿Y qué hacemos con ella?

Erna: La enterraremos en el sótano, porque la gente elegante dice siempre que en este país todo el mundo tiene un cadáver en el sótano.

FINAL